

## La infancia abandonada

### La infancia abandonada: tragedia nacional

Nunca se pregonará lo bastante la honda tragedia que para una nación representa el contingente de esos seres que, en la entrada misma de la vida, se hallan expuestos a todas las inclemencias y a la más dura condición anti-social: los niños abandonados.

Constituyen ellos por cierto la porción dolorida a donde desembocan las fallas de una sociedad desorganizada o imperfecta. Son el termómetro y exponente más categórico del nivel colectivo. ¿Existe la lacra del alcoholismo? Habrá niños abandonados. ¿Existe analfabetismo en gran escala? Habrá niños abandonados. ¿Existe irresponsabilidad ante el hecho del matrimonio? Habrá niños abandonados. ¿Existen uniones ilegítimas? Habrá niños abandonados. ¿Se da explotación sórdida e interesada? Habrá niños abandonados. ¿Brilla por su ausencia la educación del ahorro? Pulará la niñez abandonada.

En definitiva: el niño abandonado es la última expresión y escuálido fruto amargo donde se resumen todas las lacras de la sociedad. En sus carnes mortecinas, en sus costumbres aviesas, podríamos ir descifrando, una tras otra, las taras inmemoriales, los hábitos borrascosos de sus mayores y de aquellos que lo rodean.

Hondo problema social: en las filas de la niñez abandonada se reclutan los futuros dirigentes de todas las revueltas, los ociosos y merodeadores, el abigarrado aluvión de la picaresca. Lastre muerto, cuando no fulminante hostilidad, ellos representan para el conglomerado social un constante peligro.

### Problema mundial y nacional.

La niñez abandonada constituye un problema mundial, notablemente agudizado después del último cata-

clismo de la guerra. Por millones se cuentan en Europa los que arrastran una existencia miserable, constantemente amenazada por el frío y el hambre. Por millares los que han de sucumbir inexorablemente estos próximos meses bajo los rigores del invierno. Más víctimas ha hecho el hambre que la guerra, en las filas de los niños europeos.

También en América se deja sentir el problema con alarmante reclamo. Sólo en San Pablo, en el Brasil, se calcula en 40.000 el número de niños abandonados. Niños en estado de abandono material y moral es fácil sorprenderlos a lo largo de las grandes avenidas de todas las ciudades americanas o arrebujados en los húmedos recodos de los puentes, en los infectos refugios de los barrios pobres, en el amasijo de tablas, hojalata y paja.

Al lado de las lujosas avenidas de Buenos Aires, se levanta la ciudad del abandono y la miseria: hosco hormigueo de gente abigarrada. Por las calles de Santiago, festoneadas por el magnífico sol, pasean su miseria seres inocentes con las huellas del abandono en sus cuerpos desnutridos. Serpea el hosco espectro del abandono entre las densas filas de los indios bolivianos y ecuatorianos, que representan un alto porcentaje de la población total. Bajo sus vistosas mantas de color, tras sus pintarrajeados semblantes, flota el rasgo de siempre: miseria y abandono.

Y ¿en Venezuela? Sin ser de las naciones donde se registre más agudo el problema del abandono infantil, no podemos, sin embargo, disimular, que presenta trágicas proporciones y siniestros contornos.

Aunque no sobrepasaran los niños abandonados el número de 100.000, según los cálculos más optimistas; aunque sólo en el Distrito Federal oscilara ese número alrededor de los

25.000, ¿no sería ya una cifra como para despertar la más honda inquietud de toda persona responsable? ¿No constituye un alarmante problema nacional?

#### Soluciones

¿Cómo ha encarado hasta ahora la sociedad el trágico problema de la niñez abandonada? ¿Se ha cruzado de brazos? ¿Ha respondido —en pleno— con generosidad y patriotismo?

No podemos negar que existen soluciones tangibles, palpables tanto en el sector de la iniciativa privada como en el oficial.

¿Quién no conoce las múltiples obras que con amorosa solicitud llevan a cabo religiosas, religiosos y sacerdotes en favor de la niñez abandonada?

Constituyen ellas la página más limpia de la historia eclesiástica y su gloria más pura. A través de ellas, se brinda techo, educación y cariño al niño abandonado. Se previene el estado de abandono o se lo subsana.

Prolijo resultaría hacer un recuento de estas actividades, a lo largo de Venezuela. Recuérdense, siquiera, aquí, en Caracas, los nombres de algunas de esas instituciones: la Obra del Buen Consejo, San José del Avila, el Asilo de la Providencia, la Casa San José, San Antonio, los Talleres Salesianos, el Hogar de La Virgen de los Dolores, la Obra del Buen Pastor, las Adoratrices, las Escuelas del Circulo Obrero, las Escuelas Parroquiales, las casas-cunas, la Escuela Católica de Servicio Social...

Pero es necesario recordar, además, que la Iglesia Católica, toda ella, trabaja en la forma más eficaz por resolver el problema de la niñez abandonada, en cuanto que, por todos los medios, se esfuerza por suprimir las últimas causas del abandono. Cuando la Iglesia predica —a lo largo de todo el territorio patrio— moralidad en las costumbres, está abogando por la niñez abandonada. Cuando condena el vicio, el alcoholismo, el despilfarro, está poniendo remedio a la lacra de la niñez abandonada. Cuando defiende tenazmente el carácter sagrado e inviolable del matrimonio y condena el divorcio, está colaborando eficazmente por resolver la tragedia del abandono infantil, fruto amargo de la irresponsabilidad de los padres. Cuando persigue la pornografía, está defendiendo los derechos del alma infantil. Cuando ense-

ña catecismo en sus templos y reclama la enseñanza religiosa en las escuelas, está echando las bases más sólidas para cimentar el carácter de los frutos ciudadanos y empleando el antídoto más eficaz contra la corrupción moral.

Junto a esta preocupación católica y eclesiástica, justo es reconocer que, desde hace algunos años —pocos relativamente— el Estado venezolano comenzó a ocuparse "oficialmente" del problema. Y es satisfactorio comprobar que la preocupación oficial ha sido siempre en aumento. No es este el momento de analizar el alcance de los resultados obtenidos por el Consejo Venezolano del Niño, organismo encargado de afrontar la solución del abandono infantil. Indice de la labor desplegada por el Estado son las casas-cunas, los institutos de pre-orientación, los comedores escolares, etc. Se han celebrado congresos, conferencias y reuniones en torno al niño. Se ha llegado a elaborar el Código de Menores, como suprema expresión tutelar jurídica, que el Estado venezolano brinda al niño abandonado.

Pero ¿y la sociedad en general? El amplio sector de los que llevan una vida holgada y brillante, contorneada de juegos, fiestas y pasatiempos? ¿Ha llegado hasta ellos la inquietud lacerante del problema? ¿Ha mordido imperativa en sus espíritus la tragedia del abandono infantil? Doloroso es confesar que la gran masa social permanece indiferente, si bien es cierto que se han registrado nobles gestos de personas acomodadas que han llegado hasta hacer herederos de sus bienes a los niños abandonados. Pero junto a éstos, contadísimos y excepcionales, ¡cuánto desconocimiento del problema! ¡Cuanta olímpica despreocupación en los sectores pudientes, los cuales permanecen con los brazos cruzados ante algo que no admite dilación! Más aún: se registran a veces hechos que son indicio de una positiva insensibilidad, de una falta de sentido social. Sea permitido citar un solo caso.

En cierta calle vivía, en la forma más miserable, una familia torturada por la enfermedad y la miseria. El padre —único sostén de la familia— yacía en el lúgubre rincón de una bohardilla, presa de la tuber-

culosis hacía varios meses. A su lado se desplegaba diariamente el cuadro dantesco de ocho hijos sin pan, de una esposa escuálida y también enferma. Cada día que pasaba, iba dejando su huella de dolor en aquellos rostros infantiles, prematuramente ajados y mortecinos. ¿Sabéis a cuánto aspiraba este padre de familia? A cuatro, a cinco bolívares diarios. . . Cuatro, cinco bolívares, para remediar la tragedia de su enfermedad y para acallar el hambre de sus hijos. . .

A poca distancia de aquel paraje, a la vuelta de una calle, vivía espléndidamente una señora millonaria, sin hijos, presa también de una sola preocupación: su magnífica colección de perros, a los cuales había trasladado su mezuquino y estéril cariño. No dudaba esta señora, cuando caía enfermo uno de sus mimados perros, en gastarse hasta cincuenta bolívares en una inyección. . . Sin embargo, esta honorable dama, nada sabía de la familia de la bohardilla, ignoraba el cuadro de miseria de unos niños agonizantes. Cincuenta bolívares para la inyección de un perro, cuando cinco hubieran bastado para salvar a una familia entera. Cariño para el perro, olvido e indiferencia para el pobre dolorido. Nada más anti-social y anti-cristiano que esta conducta y ello —pese a que esa señora alardease, irónicamente, de ser católica. Mentira ese catolicismo. Como es catolicismo—mentira el de aquellos a quienes sobra dinero para derrocharlo en apuestas de caballos, en viajes y festivales, y permanecen cerrados y fríos ante la tragedia de los niños abandonados.

### Conclusión.

Hondo es el problema de la niñez abandonada, alarmante sus proporciones, urgente su solución.

Ante el mismo sólo cabe una posición patriótica, humana y digna: la política de unión. Sí; en éste, como en otros casos, se impone unir todas las fuerzas vivas que se interesan por el menor abandonado y urge despertar de su sueño colectivo a la turba multa de los indiferentes, despreocupados e irresponsables. Urge vocear a lo largo y ancho de la patria la magnitud del problema, proclamar sus cifras y aguijonear la estóica indolencia de tantos. Bien está que el Gobierno tome cartas en el asunto:

porque es su deber; bien está que la Iglesia se consagre a redimir niños abandonados, porque es su misión. Pero todo ésto no basta: es necesario que el problema cale profundidad en la conciencia nacional, que ocupe primer rango, que remueva cuanto hay de noble y generoso en el alma venezolana.

Sólo esta gran política de unión podrá —si no resolver— al menos aminorar la magnitud de la tragedia.

Nada sería más antipatriótico y antisocial, que querer introducir distingos o levantar cortapisas; que hablar de monopolios idcológicos o reales, ante un problema que reclama la unión de todos.

En este sentido, es preciso aquilatar con suma diligencia todos aquellos conceptos del Código de Menores, que puedan sonar a ingerencia exagerada; a estrechez de criterios; a consagración exclusivista de normas y pautas que están lejos de haber alcanzado el visto-bueno de la experiencia; a supremas autoridades inapelables; a rigorismo de exigencia. . . cuando Venezuela en hecho de verdad, atraviesa una etapa en la que más que sanción necesita estímulo; más que exigencia de condiciones, apoyo generoso; más que orientación impuesta y exclusivista, amplias oportunidades para el despliegue de la propia generosidad.

Bien está que se elabore un Código. Pero si éste ha de ser eficaz —estímulo y no traba— debe estar impregnado de sentido de realidad, esto es, debe ser, un Código que tome en cuenta la situación real del niño abandonado venezolano, la escasa participación del gran público en este problema, las estupendas dificultades con que en esta bendita tierra tropieza todo aquel que quiere realizar algo, y entre otros, el primero, el mismo Consejo Venezolano del Niño, apesar de sus recursos oficiales. . . En otras palabras: sea un Código para Venezuela; no para Holanda o Dinamarca. Entonces sí podrá ser un instrumento valioso. Pero de este tema así como del Comité para la protección moral de los niños, nos ocuparemos en otra ocasión.

CARLOS GUILLERMO PLAZA  
S. J.